

¿Demasiado tarde?

Una reflexión dirigida a aquellos que por vivir en lo "último" de la tierra, apenas cuentan con una lejana oportunidad de conocer el Evangelio.

Era una madrugada fría. Los gallos cantaban, los perros ladraban. Se comenzaba a escuchar a aquellos que se anticipaban al amanecer para atender sus tareas del día. Hachazos golpeando a la distancia, el machacar del arroz, y el lento ascenso del humo filtrándose a través de los techos de palma anunciaban la llegada de un nuevo día. Cuando el sol apenas se alzaba sobre la primera colina y sus primeros rayos llegaban al pueblo... se escuchó un desgarrador grito.

La familia llamó a la partera pues una vez más, la madre estaba dando a luz. Pronto una nueva alma daría su primer aliento. Pero después del nacimiento surgieron las complicaciones,

¿Podemos entender las consecuencias eternas de llegar demasiado tarde?

la partera hacía lo que podía; pero la hemorragia no paraba. Se necesitaba más ayuda. Un mensajero fue enviado a la otra aldea, sabían que allí, un equipo misionero había ayudado con muchos alumbramientos y vidas fueron salvadas. Tenían alguna esperanza. El mensajero corría por la montaña, subiendo y bajando por el empinado camino. Cuando al fin llegó, todos los hombres del equipo misionero se encontraban afuera atendiendo diferentes asuntos. La responsabilidad recayó sobre las esposas cuyos corazones, al oír los ruegos por ayuda, fueron tocadas con la urgencia de esa necesidad. Dos mujeres manejando la camioneta por la agreste carretera a través de la montaña, llegaron a la aldea e inmediatamente se llevaron a la mujer rumbo al hospital a dos horas de camino. Durante el recorrido, aquella madre quedó inconsciente y los esfuerzos por

resucitarla fueron inútiles. Un alma se pierde por la eternidad sin Cristo, en la oscuridad de la muerte . . . ¡por siempre! ¿Por qué? ¿Qué salió mal?

¡El mensajero fue enviado demasiado tarde!

¿Alcanzamos a entender las consecuencias eternas de llegar demasiado tarde? Las misioneras hicieron todo lo que pudieron, pero ella murió. ¿Acaso el mensajero no escuchó sus aterradores gritos antes para que saliera más rápido? Tal vez pensó que ella probablemente no sobreviviría; para qué afanarse entonces, o quizás, hizo lo mejor que pudo, pero igual llegó muy tarde.

Gritos de pena, desolación y desespero se escuchan a causa de esta tragedia. Gritos que retumban en nuestros oídos, recordándonos de la gran necesidad de dar a esta gente el mensaje salvador de Jesucristo. Alguien más también escucha los gritos. Estos entran por sus oídos llegando hasta su corazón. ¿Cómo dolerá en el corazón de Dios la pérdida de un alma que Él mismo creó! ¿Y qué será de esta gente que interiormente grita en temor, angustia, y pena? Para ellos todavía hay oportunidad. ¿Será una remota oportunidad? ¿No es esta nuestra desición? ¿No nos ha mandado a todos nosotros el Señor a seguirle... hasta lo último de la tierra?

La noche es fría. Los insectos zumban, se escuchan los grillos, la gente charla alrededor del fuego, los sonidos de la noche anuncian el final de otro día. El sol descende por detrás de las montañas, sombras cubren al pueblo. Todo queda en silencio. ¿Podrá esta gente alguna vez ver la luz? ¿Se escapará otra vida de nuestras manos . . . de tus manos?

¿Llegará el mensajero demasiado tarde?



Todavía hay más puentes por cruzar.
nuevos horizontes web.org/IR